

**“Trabajadores o creadores de la escritura filosófica”  
Nietzsche sobre la literatura**

**Cesare Del Mastro**

En la sección sexta de su obra de 1885 “Más allá del bien y del mal” (211 y 212), Nietzsche establece una oposición entre los “trabajadores filosóficos” y los “filósofos”. A los “obreros filosóficos” corresponde explicitar, a través de fórmulas, los fundamentos de un estado de valores establecido, valores que se han hecho predominantes y que se asumen como “verdaderos” también en el ámbito artístico y, específicamente, en el de la literatura. “Corresponde, afirma Nietzsche, a estos investigadores hacer visible, concebible, tangible, manejable todo lo que ha pasado y ha sido estimado hasta ahora” como bello en las artes y las letras. El filósofo, en cambio, debe “crear valores” no solo en su habitual sentido ético-político sino en su potencial estético.

Si “mandar e imponer la ley” es lo propio del creador de valores éticos que determinen la dirección de la acción en tanto despliegue de la fuerza vital, este imperativo filosófico supone un nuevo “hablar filosófico”: un nuevo lenguaje de todos los lenguajes que, a diferencia de la vocación sistematizadora del “trabajador filosófico”, integre en el acto mismo de la escritura múltiples perspectivas. En el gesto de la escritura nietzscheana, este perspectivismo dispara en cada texto abanicos de significados siempre nuevos en los que se confunden, por ejemplo, el filólogo que sustituye a la apelación a una instancia “exterior al mundo” la arqueología y la genealogía de los conceptos, el viajero solitario que descubre en la paradoja y el aforismo el espacio discursivo para “convertir su propia porquería en oro”, o el profeta que en la voz de Zaratustra denuncia a los “envenenadores de la vida” y anuncia al superhombre como el sentido de la tierra.

Ahora bien, para coger así el porvenir de la escritura filosófica con “mano creadora”, el filósofo debe nutrirse del trabajo no solo de los “obreros científicos de la filosofía”, sino de toda literatura que

le pueda servir “de medio, de instrumento, de martillo”. Nutrirse, sí, pero para entrar en contradicción y en lucha con aquello que lo precede y lo alimenta: debe “entrar en contradicción con su época” hasta llegar a ser “la mala conciencia de su época” y “aplicar un bisturí al cuello de las virtudes estéticas de su época”.

Aparece aquí el concepto de grandeza aplicado al filósofo y, en el marco de esta ponencia, más precisamente al filósofo escritor: allí donde el gusto de la época tiende a normalizar y debilitar la voluntad, el filósofo debe integrar, en la materia de su escritura misma, “la fuerza de voluntad, la dureza y la aptitud para las largas resoluciones”. Allí donde el escritor fatigado se refugia en antiguas expresiones pomposas - o donde el trabajador filosófico se limita a la univocidad del concepto - como remedio o compensación por la vida a la que han renunciado, la grandeza del filósofo reside en hacer de su escritura el lugar de “lo raro, lo extraño, lo privilegiado”. El deber superior y la responsabilidad superior del hombre que va siempre, del abismo a la cima, “más allá de sí mismo” tienen, entonces, su contraparte en la “plenitud creadora” del filósofo que crea valor al filosofar escribiendo: su escritura filosófica, su filosofía siempre ya escribiéndose, sabe “ser para sí”, “sabe ser diferente”, “vive” y se expresa sola, por su propia cuenta. De esta manera, el filósofo escritor inaugura el valor de este pensamiento que se elabora escribiéndose, y de esta escritura que es el movimiento mismo del pensar como despliegue de la fuerza y reiteración del impulso vital. Así, como indica Nietzsche, el escritor que habrá hecho suyos la grandeza y la creación de valor será “el que sepa estar más solo, más oculto, más apartado; el hombre que viva más allá del bien y del mal, dueño de sus virtudes, el que esté dotado de una voluntad exuberante, siendo así a la vez la diversidad y el todo, la extensión y la plenitud”.

Tres años más tarde, en 1888, Nietzsche aplicará con lucidez, tono mordaz e ironía algunos de los principios de esta “grandeza” del filósofo a su propia escritura en la sección de “Ecce homo” titulada “¿Por qué escribo yo libros tan buenos?”. Ocurre, sin embargo, que en este breve texto la voluntad creadora de valor literario propia del autor que es Nietzsche se confronta con la pobre

recepción de sus escritos, por ejemplo, en diversas reseñas de sus libros o en las aproximaciones académicas - sobre todo alemanas - a la figura de Zaratustra. En alguna de ellas, cierto catedrático comete el terrible error de separar “fondo” y “forma” cuando aconseja a Nietzsche que, habiéndose ocupado ya del “superior ejercicio de estilo” en “Así habló Zaratustra”, ahora debería ocuparse del contenido. Mencionaré aquí algunos de los puntos fundamentales de esta comprensión que, en 1888, Nietzsche adquiere de sí mismo como filósofo escritor creador de valor literario.

Si el texto parte de la afirmación según la cual “una cosa soy yo, otra cosa son mis escritos” es porque una vez publicados, sus libros se separan del autor y se ofrecen a la experiencia ora de la comprensión por parte de los lectores en cuyas manos caen, ora a la incomprensión por parte de estos. Así imagina Nietzsche al receptor potencial de su obra en el futuro, en contraste con el “hoy”. En efecto, si se trata de la recepción contemporánea de sus escritos, Nietzsche es plenamente coherente con la radical singularidad apartada propia del escritor que hace suya la grandeza del filósofo: él no espera encontrar oídos ni manos para sus verdades; por ello sostiene lo siguiente: “que hoy no se me oiga, que hoy no se sepa tomar nada de mí, eso no sólo es comprensible, eso me parece incluso lo justo. No quiero ser confundido con otros, para ello, tampoco yo debo confundirme a mí mismo con otros.”

Ahora bien, esta distancia del incomprendido, de quien como Zaratustra “habla a quienes tienen oídos pero no saben escuchar” está fundada en el vínculo estrecho entre escritura y fuerza vital: nadie que no haya vivido el proceso de ascenso del personaje que llega a la montaña con sus cenizas para descender de las cimas años después llevando consigo oro y dinamita podrá entender “ni seis frases de ese libro”: “Tomar en las manos un libro mío me parece una de las más raras distinciones que alguien puede concederse [...]. Cuando en una ocasión el doctor Heinrich von Stein se quejó honestamente de no entender una palabra de mi

Zaratustra, le dije que me parecía natural: haber comprendido seis frases de ese libro, es decir, haberlas vivido, eleva a los mortales a un nivel superior a aquel que los hombres «modernos» podrían alcanzar. Poseyendo este sentimiento de la distancia, ¡cómo podría yo ni siquiera desear ser leído por los «modernos» que conozco!” Considero que Nietzsche enuncia aquí la intuición fundamental del modo como se entiende a sí mismo en tanto filósofo escritor y no solo como “trabajador filosófico”. Si muchos de sus contemporáneos experimentan el “excesivo peso” de la literatura nietzscheana - que podría según el autor “desnivelar la balanza con todo el resto de la literatura” - es porque solo quieren escuchar en los libros aquello que ya saben. Por ello, la incompreensión a la que se enfrentan los escritos de Nietzsche no es sino la contracara de la grandeza que crea valores en lugar de sistematizar simplemente el orden de valores ya existentes. Desteñidos y reducidos en ellos la voluntad de poder y el impulso vital, sus lectores son incapaces de escuchar un lenguaje nuevo en la medida en que se fragua en él una experiencia nueva, una vivencia inédita: tienen dificultad para escuchar el PRIMER lenguaje de una serie NUEVA de vivencias: “Se carece de oídos para escuchar aquello a lo cual no se tiene acceso desde la vivencia. Imaginémos el caso extremo de que un libro no hable más que de vivencias que, en su totalidad, se encuentran situadas más allá de la posibilidad de una experiencia frecuente o, también, poco frecuente, de que sea el primer lenguaje para expresar una serie nueva de experiencias. En este caso, sencillamente, no se oye nada, lo cual produce la ilusión acústica de creer que donde no se oye nada no hay tampoco nada. Ésta es, en definitiva, mi experiencia ordinaria y, si se quiere, la originalidad de mi experiencia.”

Esta concepción de la escritura como creación del lenguaje de una vivencia nueva inaudible para los “trabajadores y lectores” del estilo filosófico habitual conduce a la definición del estilo como pathos de la vida, es decir, como fuerza y como afecto siempre ya encarnados. El potencial perturbador de la escritura nietzscheana proviene del hecho de que se escribe con el cuerpo, en el cuerpo y para el cuerpo en sus alternancias permanentes de salud y

enfermedad. El filósofo que asume, como el médico, la tarea de tomar el pulso a su época para identificar en ella los signos de su de su aletargamiento, así como la crisis que conduce a la necesaria transvaloración de todos los valores y a la voluntad de salud, escribe palabras capaces de “sacar a la luz todos los bajos instintos”. Se escribe y se lee, entonces, con el cuerpo: la perturbación de la escritura irrumpe así, según Nietzsche, en los nervios, los intestinos, los puños valientes, el vientre jovial y la dispepsia.

Esta imagen del médico y del cuerpo como lugar de la escritura filosófica se confirma en la parte final del texto que estamos comentando: Nietzsche afirma que si la escritura proviene del pathos de una vivencia nueva, él, como escritor, es ante todo psicólogo. Se pregunta entonces “¿Se han tenido oídos para escuchar mi definición del amor? Amor, en sus medios la guerra, en su fondo el odio mortal de los sexos.” Amor dicho de manera nueva porque proviene de una vivencia singular y contracorriente respecto de todo lo dicho ya sobre el amor ideal, idealizado, es decir, el amor de los trabajadores filosóficos: tema de una representación del amor en la que lo que está precisamente ausente es el pathos del amor en toda su complejidad, en su paradoja fundamental. Pero no encuentra Nietzsche oídos para esta tonalidad creadora de la escritura filosófica que es entonces, también, médica, psicológica, profética: fuego y dinamita. Después del amor, Nietzsche ofrece como último ejemplo de creación de escritura filosófica estas líneas “psicológicas” sobre la castidad: “bajo el nombre de vicio yo combato toda clase de contranaturaleza o, si se aman las bellas palabras, de idealismo. El principio dice así: «La predicación de la castidad es una incitación pública a la contranaturaleza. Todo desprecio de la vida sexual, toda impurificación de esa vida con el concepto de "impuro", es el auténtico pecado contra el espíritu santo de la vida».”

En la medida en que comunica “un estado de valores nuevos”, el “arte del estilo” del creador de la escritura filosófica es, en conclusión, “una tensión interna de pathos”, una experiencia del

tiempo como “ritmo”, como interrupción y quiebre de todos los signos: “tal es el sentido de todo estilo”. Y, afirma Nietzsche, “teniendo en cuenta que la multiplicidad de los estados interiores es en mí extraordinaria, hay en mí muchas posibilidades del estilo, el más diverso arte del estilo de que un hombre ha dispuesto nunca. Es bueno todo estilo que comunica realmente un estado interno, que no yerra en los signos, en el tempo de los signos, en los gestos —todas las leyes del período son arte del gesto. Mi instinto es aquí infalible.” Todo esto ha sido posible, sostiene Nietzsche, a través del cuerpo que escribe en contacto con la materialidad - o el cuerpo mismo - de la lengua alemana:

*“Y hasta entonces no habrá nadie que comprenda el arte que aquí se ha prodigado: jamás nadie ha podido derrochar tantos medios artísticos nuevos, inauditos, creados en realidad por vez primera para esta circunstancia. Quedaba por demostrar que era posible tal cosa precisamente en lengua alemana: yo mismo, antes, lo habría rechazado con la mayor dureza. Antes de mí no se sabe lo que es posible hacer con la lengua alemana lo que, en absoluto, es posible hacer con la lengua. El arte del gran ritmo, el gran estilo de los períodos para expresar un inmenso arriba y abajo de pasión sublime, de pasión sobrehumana, yo he sido el primero en descubrirlo; con un ditirambo como el último del tercer Zarathustra, titulado «Los siete sellos», he volado miles de millas más allá de todo lo que hasta ahora se llamaba poesía.”*

Concluamos como iniciamos. Al final de “¿Por qué escribo yo libros tan buenos?”, Nietzsche cita un fragmento precisamente de “Más allá del bien y del mal”, libro que nos ha dado la clave para comprender la diferencia entre el “trabajador de la escritura filosófica”, por un lado, y el “creador de la escritura filosófica”, por otro lado. Al definir su condición de escritor a partir de la de psicólogo, Nietzsche recuerda, sin revelar su identidad, al “genio del corazón” que uno debe saber escuchar para “salir más rico de sí mismo, más nuevo que antes, lleno de esperanzas que aún no tienen nombre, lleno de nueva voluntad y nuevo fluir, lleno de nueva contravoluntad y nuevo refluir”. Este “genio del corazón” al

que hay que seguir, leyéndolo de un modo cada vez más íntimo y más radical, es el creador de la escritura filosófica: único capaz de entrelazar nueva vivencia, nuevos valores y nuevo lenguaje. Queda, en nosotros, lectores de Nietzsche 180 años después de su nacimiento, la tarea de prestar nuestros oídos al tono singular y perturbador de este pathos de la vida que resuena en la escritura filosófica nietzscheana: lectores “capaces y dignos de tal pathos”, con los que “es lícito comunicarse” y que sepamos “comprender el arte prodigado” como “monstruos de coraje y de curiosidad, astutos, aventureros y descubridores natos”.

Me gusta pensar que en los estudiantes de la Universidad del Pacífico que descubren la fuerza perturbadora de la escritura de Nietzsche en el curso de Filosofía, en el curso de Ética, y hoy también en los diferentes cursos de Filosofía de la nueva carrera de “Política, Filosofía y Economía”, así como en quienes escriben poesía y narrativa en nuestro “Taller de escritura creativa”, el filósofo alemán encuentra hoy una respuesta a su pregunta “¿A quién quiere Zarathustra contar su enigma?”. Sintamos en todo caso, como conclusión de esta presentación, que la respuesta de Nietzsche se dirige, como tarea hermenéutica y creativa fundamental, a todos nosotros hoy:

“A ustedes, los audaces buscadores e indagadores, y a quienquiera que alguna vez se haya lanzado con astutas velas a mares terribles; a ustedes los ebrios de enigmas, que gozan con la luz del crepúsculo, cuyas almas son atraídas con flautas a todos los abismos laberínticos: pues no quieren, con mano cobarde, seguir a tientas un hilo; y allí donde pueden adivinar, odian el deducir.”

Muchas gracias.